

Aurora Venturini

EVA, ALFA Y OMEGA
y POGROM DEL CABECITA NEGRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AURORA VENTURINI
EVA, ALFA Y OMEGA

POGROM DEL CABECITA NEGRA

TUSQUETS
EDITORES

Adolescencia interrumpida

Una adolescencia apenas insinuada se interrumpiría cuando Juan, concripto en Buenos Aires, le envía una misiva augurándole éxitos: te irá bien, etcétera.

Ella, de dieciséis años, entusiasmada, arma su valija que no da más, debiéndola reforzar con un cinturón de cuero, y sale a la aventura. No la acompaña ni la lleva nadie, viaja sola y la espera el hermano. Conocerá a la actriz Angelina Pagano. Esta artista era por aquel entonces dueña de los escenarios porteños y la conducirá por un camino en ascenso.

Hugo del Carril, que descubre en la chiquilina del campo algo extraño, visceral, la ayudará y aconsejará.

Hugo del Carril se hace duartista; después se convertiría en peronista y cantará en el Teatro Colón por primera vez la *Marcha peronista*, impresionante, fuerte, impulsiva. Daba gusto verlo en el escenario iluminado ante un público inervado cual ola de mar explotando sobre el arenal: «Los muchachos peronistas / todos unidos triunfaremos / y por la Patria daremos / un grito de corazón: ¡Viva Perón! ¡Viva Perón!».

La voz del caballero del tango llenaba el artesano teatro cimentando sobre la Década Infame, afirmándose, y confinaba restallando en melodías fortísimas sus estrofas ardientes como centellas. Centelleaba la *Marcha peronista*. Evita se hallaba entre el público y recordaría el momento en que se animó a aproximarse en el Luna Park. Haydée Frizzi de Longoni sentada cerca. Meses antes, también en el Luna Park (yo estaba en un palco), vi a las dos muy jóvenes. Enseguida, Evita retrocedió en bambalinas. Haydée trató de obligarla a afrontar desde el escenario a un público impresionante, bien nutrido y ansioso. Todo terminó en oscurecimiento. No oí comentario alguno.

Cuando Haydée y yo nos teñíamos el cabello, La Abanderada dormía a ocho metros de profundidad.

Desplazo el calendario más de medio siglo atrás y me pregunto qué pasó dentro de los sitios hondos de la cerrazón teatral que guarda ecos de olvido.

Haydée me contó que había instado a su amiga a que se animara en exposición verbal explicando razones dialogadas por ambas. Le había preparado un ayudame-moria.

«Le enrostré su actitud: ¿para qué ensayamos? Quedó callada, pensando».

Prometió que en la próxima charla actuaría.

Haydée Frizzi de Longoni falleció en edad avanzada sin ser anciana nunca, a pesar de perder a su primer hijo en un accidente. Era una dama formadísima, de ideas

rosistas. De joven fue ilustre en capacidad intelectual y social. Queda una hija, Beatriz, escritora.

En cierta oportunidad nos preguntaron si éramos hermanas, fue a la salida de un acto peronista. Llevo en su ausencia la imagen de Evita. Llevo a las dos amigas en tiempos heroicos; en los momentos creativos de la Doctrina que nos Hermanó, siendo la razón de nuestras vidas.



Cuando Evita venía sobre una nube de altos tacos casi sin rozar las maderas del piso, significaba jornada de buen humor.

«¿Se dan cuenta?, empezó la primavera... ¿a que no saben quién es el caballo de La Plata?».

Nombré a un zaino que corría en el hipódromo, ganador en las últimas carreras.

«No, es un alto mandatario muy pesado...».

Lo había apodado «caballo» y lo nombra. Nos causó gracia.

A mí me gusta proponer adivinanzas:

—Ese caballo escribió un libro.

—¿Qué libro?

—*Cómo pienso*.

El día transcurre en paz. Evita va y viene muy jovial; trae un expediente.

«Leé las últimas resoluciones».

Las leo. Son justas. Ella confía en mí; firma al pie y se va a otra oficina. Frena en la mitad del piso del gran registro de la Fundación.

«A las siete vamos al barrio de La Culona. ¿Te acordás?».

Me acuerdo, me acuerdo. Se les otorgó un crédito a pagar cómodamente por material de instalación de barrio y lo vendió. Esa vez sacudió a La Culona, y a su pareja la insultó de hombre a hombre.

Ojalá fuera solo un cuento de vecindario que había reincidido en la venta.

La generosidad de Evita era ilimitada; la paciencia, no tanto; las broncas, espantosas.

La primera vez repuso la dádiva luego del golpe y las palabrotas.

El chisme era falso. La Culona y sus hijos estaban contentos en la casita con baño instalado. Habían echado al hombre.

Vino el encargado de administrar el barrio que antes fuera villa infame.

«Te voy a dar la guita; encargate de hacer las cosas bien... y por favor, no jodan con cuentos».

Doña Juana y Blanca no hablaban así, damas finas. Evita sale a don Juan Duarte. El caudillo de Los Toldos. En época de Barceló, en Avellaneda, son conservadores. Ella habla como don Juan.

En días de la Época Infame, al correligionario reiterativo en conducta lo ponía en el cepo al sol. El tipo se asaba como los chinchulines, los chorizos y demás exquisiteces parrilleras. Si no se insolaba, no volvía a robar, ni a degollar, ni a incendiar.

La hija menor no llegaba a tanto, solo cacheteaba, lo más, arrojaba algo pesado, un ladrillo, una maceta a la cabeza del atorrante.

Donde hubo villorrios brotaron barrios disciplinados, chicos escolares, hospitales.

Una noche de verano volvíamos de una requisita barrial cerca de una iglesia en el umbral de un edificio; un viejo sentado con las piernas a lo largo llamaba por señas a la nena que se guarecía tras una columna.

Evita hizo frenar el auto y bajamos. Interrogó al viejo, que mostraba una lastimadura importante en la pierna. Coseta era la nena, igual a la de Victor Hugo en *Los miserables*. Evita la levantó y la llevamos en el auto. Fue destinada a un instituto de recuperación. Al viejo lo asiló en un hospital para que le curaran la gangrena.

El secretario de la CGT, Espejo, solía aconsejar a Perón; Perón siempre decidió por sí mismo. Le digo a Evita:

—¿Sabe, señora, que dicen que Perón es muy coqueto?

—Es prolijo, pero le gusta perfumarse... Me parece que estás por hacer un chiste.

—¿Usted no se va a enojar?

—No, te prometo que no.

—Dicen que es muy coqueto porque hace cagadas con Espejo.

Se rio mucho.

—Mirá, Aurora, a mi marido no le gustan los chistes ni las imitaciones, en el teatro, donde sea. Pero cuando esté de buen humor, se lo cuento.

Se muestra muy contenta y pide dos tazas de té. Preguntan a la persona de mastranza si hay alguna galletita. Traerá té con masitas.

Me dice:

—¿No sabés otro chiste?

—¿Sobre Perón, señora?

—Mirá, si es de mí, te cacheteo.

—Dicen que había en Mar del Plata una piedra enorme donde se sentaban los turistas, que de repente desapareció. De pronto, colocaron un gran cartel que decía: «Perón cumple, ampliación del océano Atlántico».

Ella me alaba:

—Sos una genia, hija de puta.



Años infames y Eva aventurera

Pirata de los ensueños peligrosos, en años infames, salía en busca de trabajo. Había trazado ruta a una aventura muy suya donde aparecía histriónica.

No podría retroceder, no después del desamarre del puerto conocido donde estaba el nido original. A proa, el barco con la pirata que inauguraba imaginada ciudadela acaso imposible. Pero no.

Despuntaba el año 1944. Un enero caliente cuando junto a Perón develó su amor; la pareja estaba junto al general Mercante, que encabezaba el GOU (Grupo de Oficiales Unidos). Ella aún artista vivía en un departamento de Callao y Ayacucho, con Perón y en habitaciones separadas, A y B. Ya significaba dentro del incipiente peronismo, donde él lideraba magna idea.

Eva actriz, al aire radial y popular, ensoñaba, interpretando el papel de Carlota de México y el de Sarah Bernhardt, en *Tiempos dramáticos*.

Los estudiantes universitarios platenses inventamos la sigla DLDL, convirtiendo un logo verde nilo para solapa.

No fuimos muchos, por entonces, decididos a la ilusionada aventura. Yo lucía esa escarapela en mis trajes con solapas.

En el patio de la Facultad de Humanidades, Gustavo García Saraví me dedicó un cuarteto:

*Esa que lleva el botón
con el logo DLDL
esa es otra que le huele
las pelotas a Perón.*

Se insinuaba la división de la masa universitaria: los ex adherentes a la Década Infame y los revolucionarios.

Acto seguido al recitado de la estrofa, bien armada en fondo y forma, se oyó un tiroteo: un revolucionario corrió al poeta que huía por la calle Siete. El caso es entendible porque Gustavo estaba casado con una hija del ex intendente Berro. La sangre no llegó al río.

La mamá de Gustavo García Saraví llevó a la tintorería a que lavaran los inspirados pantalones...

DLDL estaba dedicado al presidente de facto Ramírez, le decíamos: «Dele, dele, general», pidiéndole que le otorgara la Secretaría de Trabajo y Previsión a Juan Domingo Perón, coronel N° 7 en la lista de la GOU. Perón le había dicho: «General Ramírez, con esta palanca le moveré el país». Y movió las masas obreras.

La popularidad del militar y político crecía como el Río de la Plata durante la tormenta que lo devoraba.

La milicada frunció el ceño; detuvieron a Perón y lo llevaron a Martín García.

Perón envió una misiva a Evita, diciéndole que abandonaría la política y se casaría con ella. Los esbirros abrieron el sobre y se tranquilizaron.

Alguien importante en los medios de comunicación, entonces Eva, transmitió su alegría. Su novio, detenido en la isla, sería de su única propiedad.

Mediaba 1945. Todo el pueblo, especialmente el obreraje, enardeció. El 17 de octubre salimos a romper la Casa Rosada. No pudimos llegar, pues levantaron los puentes. Algunos compañeros decididos, de Berisso y Ensenada, se tiraron al río y no sé qué habrá pasado con ellos. Nosotros nos consolamos con bombas molotov, destrozando vidrieras; volaban los tranvías por el aire, denso, con guarda y todo. Respetamos las iglesias. Hasta hoy lesionan el ser cristiano del peronismo diciendo que las hemos incendiado. Se ha comprobado que la deprecación vino desde adentro.

Los milicos, con los pantalones fragantes como los del poeta trovador, enviaron avión a la isla. Al diabólico golpeteo del portalón de la Rosada, respondieron con el balcón enseñando al hombre, Perón. El general Pedro Pablo Ramírez, presidente de facto, despertaría de su sueño de dictador. Ahí está la verdad.

Momento audaz, terminante. Volvió el hombre, volvió la esperanza. Salió al balcón. Camisa blanca como la del personaje de Goya en la pesadilla *Los fusilamientos del*

3 de mayo, mas esta de ahora estaba repleta de decisión a un menester tirando hacia el futuro. «Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar». El desconocido del cuadro de Goya fue amortajado.

La palabra «compañero» resonó altiva. Evita participaría por radio, el estallido y sus consecuencias.

«Compañeros» entró esplendoroso en los pechos lacerados de injustas decadencias.

Expresiones distintas había en los rostros decididos a defender la Causa, la Doctrina «cueste lo que cueste y caiga quien caiga».

DLDL consiguió que el ministro Edelmiro Farrell ascendiera al coronel en el recinto de Justicia y llamara a elecciones limpias. Había rostros terribles, como los de los ciudadanos conjurados en París el 14 de julio de 1789.

La marcha era La Marsellesa: «Vamos, compañero. Vamos, compañera».

Dele, dele, General Juan Domingo Perón, mejor es realizar. Lo hicimos.

La Década Infame, a la mierda. Igual quedaron resabios de los 30-40.

Populaciones del campo, de los suburbios, del centro urbano sintieron la calma de los tiempos anteriores al 30-40. Imaginar un retroceso al infierno, en los espíritus delicados, aminoró entusiasmos. La dicha absoluta resulta imposible. Todos los hombres son mortales, Perón es hombre, Perón es mortal.

Aún lejano «Perón vuelve» en las paredes del exilio.

El ministro de Guerra Edelmiro Farrell y Juan Domingo Perón exigieron la renuncia de Pedro Pablo Ramírez. Había estallado la contienda germano-japonesa. Europa interesaba en cuanto a la situación argentina, donde los cargos significaban causales de decisiones. Había que asegurar un Estado en democracia o caer en dictadura; entonces, el sacrificio de la comunidad popular fracasaría y sería indudable el regreso a lo ya superado.

Renunciaría Ramírez, en su sillón se sentará Farrell, que designó a Perón en el Ministerio de Guerra. Caerán cabezas coronadas, romperá cadenas de un tiempo electoral, seguirá en alza meritoria el general Perón, vicepresidente de la Nación Argentina, su Patria.

Seguirá andando el proceso «todo en su medida y armoniosamente» hacia la luz.

Sufrió la novia por los enormes amores y odios que él despertaba; envidia en los altos mandos que temían caer de sus empinamientos sociales y ser investigados. Por esto, el líder en la cárcel temía por el Movimiento. Recuperó una libertad de piso movedizo. Peligraba el camino en ascenso. Nada resultó fácil; andaba sobre brasas; sobre el filo de una espada y en el desierto de un abandono; mas nunca renunció a su ideal. El duro señor con sangre indígena devenida de la abuela materna, y sarda del padre, no cedería.

Todo recuperó el 17 de octubre. Sería ciudadano ilustre de varias generaciones este militar que ejecutaba

melodías en el piano, dominaba los idiomas francés, inglés, italiano y alemán.

Perón fue el último líder de los tiempos.